

KATE CHOPIN "LA HISTORIA DE UNA HORA" (1894)

Sabiendo que la señora Mallard sufría de un problema cardíaco, se tuvo mucho cuidado en comunicarle con la mayor delicadeza posible la noticia de la muerte de su marido.

Fue su hermana Josephine quien le dijo, en frases entrecortadas; insinuaciones veladas que lo revelan y a medias lo ocultaban. El amigo de su marido, Richards, también estaba allí, cerca de ella. Fue él quien había estado en la oficina del periódico cuando se recibió la noticia sobre el desastre ferroviario, con el nombre de Brently Mallard encabezando la lista de "fallecidos". Sólo se había tomado el tiempo para asegurarse de su veracidad mediante un segundo telegrama, y se había apresurado a anticiparse a cualquier otro amigo, menos considerante y prudente, para llevar el triste mensaje.

Ella no escuchó la historia como muchas mujeres lo habrían hecho, con una paralizante incapacidad para aceptar su significado. Lloró de inmediato, con súbito y salvaje abandono, en los brazos de su hermana. Cuando la tormenta de dolor amainó, se retiró sola a su habitación. No quiso que nadie la siguiera.

Frente a la ventana abierta, había un cómodo y amplio sillón. Se hundió en él, presa de un agotamiento físico que la atormentaba y parecía alcanzar su alma.

Desde allí podía ver en la plaza abierta frente a su casa las copas de los árboles que temblaban

con la nueva vida primaveral. El delicioso aroma de la lluvia estaba en el aire. En la calle de abajo, un vendedor ambulante gritaba su mercancía. Las notas de una canción distante que alguien cantaba le llegaban débilmente, y numerosos gorriones gorjeaban en los aleros.

Había parches de cielo azul que se asomaban aquí y allá entre las nubes que se habían acumulado unas sobre otras en el oeste, frente a su ventana.

Se sentó con la cabeza echada hacia atrás sobre el cojín de la silla, completamente inmóvil, excepto cuando un sollozo le subía a la garganta y la sacudía, como un niño que ha llorado hasta quedarse dormido y continúa sollozando en sueños.

Era joven, con un rostro hermoso y sereno, cuyas líneas denotaban represión e incluso cierta fortaleza. Pero ahora había una mirada apagada en sus ojos, cuya vista estaba fija allá lejos, en uno de esos parches de cielo azul. No era una mirada reflexiva, sino que indicaba más bien una suspensión del pensamiento racional.

Algo se acercaba a ella y ella esperaba con temor. ¿De qué se trataba? No lo sabía; era demasiado sutil y elusivo para nombrarlo. Pero lo sentía, deslizándose desde el cielo hacia ella, a través de los sonidos, los aromas, los colores que llenaban el aire.

Su pecho se elevaba y caía tumultuosamente. Estaba empezando a reconocer aquello que se acercaba para poseerla, y luchaba por rechazarlo con su voluntad, tan impotente como

VOZ Y ESCRITURA. REVISTA DE ESTUDIOS LITERARIOS
N° 29. ENERO- DICIEMBRE, 2023
DEPÓSITO LEGAL 89-0023 / ISSN: 1315-8392. DEPÓSITO LEGAL ELECT.: PPI 2012ME404

lo habrían sido sus dos blancas y delgadas manos. Cuando se abandonó un poco, una palabra susurrada se escapó de sus labios ligeramente entreabiertos. La repitió una y otra vez en voz baja: "¡Libre, libre, libre!". La mirada vacía y el miedo que la había seguido desaparecieron de sus ojos, que permanecieron brillantes y vivaces. Sus pulsaciones se aceleraron y la sangre que circulaba por su cuerpo lo calentó y relajó todo.

No se detuvo a preguntarse si era o no una alegría monstruosa la que la dominaba. Una percepción clara y exaltada le permitió desechar la posibilidad como trivial. Sabía que volvería a llorar cuando viera las manos amables y tiernas plegadas en la postura de la muerte; el rostro que nunca la había mirado sino con amor, inmóvil y gris y sin vida. Pero más allá de ese amargo momento, vislumbró una larga procesión de años venideros que le serían suyos. Y abrió y extendió los brazos para recibirlos con alegría.

Durante esos años venideros, no habría nadie que viviera por ella; viviría para sí misma. No habría una voluntad poderosa que doblegara la suya con esa ciega persistencia con la que hombres y mujeres creen tener el derecho de imponer una voluntad íntima a un semejante. Una intención amable o cruel hacía que el acto no pareciera menos un crimen, según lo mirara en ese breve momento de iluminación.

Y sin embargo, ella lo había amado, a veces. A menudo no lo había hecho. Pero qué importaba eso, qué podía significar el amor, ese misterio sin resolver, frente a esta posesión de autoafirmación que reconocía de repente como el impulso más fuerte de su ser.

—¡Libre! ¡Cuerpo y alma libre! —seguía susurrando.

Josephine estaba arrodillada ante la puerta cerrada, con los labios en la cerradura, implorando que la dejara pasar.

—¡Louise, abre la puerta! Te lo ruego; abre la puerta, te vas a poner enferma. ¿Qué estás haciendo, Louise? Por amor de Dios, abre la puerta.

—Vete. No me voy a poner enferma.

No; estaba bebiendo a través de esa ventana abierta el elixir mismo de la vida.

Su imaginación se desbordaba pensando en los días por venir. Días de primavera, días de verano y toda clase de días que serían solo suyos. Musitó una rápida plegaria para que la vida fuera larga. Solo ayer había pensado con estremecimiento que la vida pudiera durar demasiado.

Finalmente, se levantó y abrió la puerta ante las insistencias de su hermana. Había un triunfo febril en sus ojos, y se movía sin darse cuenta como una diosa de la Victoria. Abrazó a su hermana por la cintura y juntas descendieron las escaleras. Richards las esperaba al final.

Alguien estaba abriendo la puerta principal con una llave. Era Brently Mallard quien entró, un poco desaliñado por el viaje, llevando con aplomo su maleta de viaje y su paraguas. Había estado lejos del lugar del accidente y ni siquiera sabía que había ocurrido uno. Se quedó asombrado ante el grito penetrante de Josephine;

ante el rápido movimiento de Richards para apartarlo de la vista de su esposa.

Cuando llegaron los médicos, dijeron que Louise había muerto de una enfermedad cardíaca, de la alegría que mata.

.....

“THE STORY OF AN HOUR” (1894)

Knowing that Mrs. Mallard was afflicted with a heart trouble, great care was taken to break to her as gently as possible the news of her husband's death.

It was her sister Josephine who told her, in broken sentences; veiled hints that revealed in half concealing. Her husband's friend Richards was there, too, near her. It was he who had been in the newspaper office when intelligence of the railroad disaster was received, with Brently Mallard's name leading the list of "killed." He had only taken the time to assure himself of its truth by a second telegram, and had hastened to forestall any less careful, less tender friend in bearing the sad message.

She did not hear the story as many women have heard the same, with a paralyzed inability to accept its significance. She wept at once, with sudden, wild abandonment, in her sister's arms. When the storm of grief had spent itself she went away to her room alone. She would have no one follow her.

There stood, facing the open window, a comfortable, roomy armchair. Into this she sank,

pressed down by a physical exhaustion that haunted her body and seemed to reach into her soul.

She could see in the open square before her house the tops of trees that were all aquiver with the new spring life. The delicious breath of rain was in the air. In the street below a peddler was crying his wares. The notes of a distant song which some one was singing reached her faintly, and countless sparrows were twittering in the eaves.

There were patches of blue sky showing here and there through the clouds that had met and piled one above the other in the west facing her window.

She sat with her head thrown back upon the cushion of the chair, quite motionless, except when a sob came up into her throat and shook her, as a child who has cried itself to sleep continues to sob in its dreams.

She was young, with a fair, calm face, whose lines bespoke repression and even a certain strength. But now there was a dull stare in her eyes, whose gaze was fixed away off yonder on one of those patches of blue sky. It was not a glance of reflection, but rather indicated a suspension of intelligent thought.

There was something coming to her and she was waiting for it, fearfully. What was it? She did not know; it was too subtle and elusive to name. But she felt it, creeping out of the sky, reaching toward her through the sounds, the scents, the color that filled the air.

VOZ Y ESCRITURA. REVISTA DE ESTUDIOS LITERARIOS
N° 29. ENERO- DICIEMBRE, 2023
DEPÓSITO LEGAL 89-0023 / ISSN: 1315-8392. DEPÓSITO LEGAL ELECT.: PPI 2012ME404

Now her bosom rose and fell tumultuously. She was beginning to recognize this thing that was approaching to possess her, and she was striving to beat it back with her will--as powerless as her two white slender hands would have been. When she abandoned herself a little whispered word escaped her slightly parted lips. She said it over and over under hte breath: "free, free, free!" The vacant stare and the look of terror that had followed it went from her eyes. They stayed keen and bright. Her pulses beat fast, and the coursing blood warmed and relaxed every inch of her body.

She did not stop to ask if it were or were not a monstrous joy that held her. A clear and exalted perception enabled her to dismiss the suggestion as trivial. She knew that she would weep again when she saw the kind, tender hands folded in death; the face that had never looked save with love upon her, fixed and gray and dead. But she saw beyond that bitter moment a long procession of years to come that would belong to her absolutely. And she opened and spread her arms out to them in welcome.

There would be no one to live for during those coming years; she would live for herself. There would be no powerful will bending hers in that blind persistence with which men and women believe they have a right to impose a private will upon a fellow-creature. A kind intention or a cruel intention made the act seem no less a crime as she looked upon it in that brief moment of illumination.

And yet she had loved him--sometimes. Often she had not. What did it matter! What could love

the unsolved mystery, count for in the face of this possession of self-assertion which she suddenly recognized as the strongest impulse of her being!

"Free! Body and soul free!" she kept whispering.

Josephine was kneeling before the closed door with her lips to the keyhole, imploring for admission. "Louise, open the door! I beg; open the door--you will make yourself ill. What are you doing, Louise? For heaven's sake open the door."

"Go away. I am not making myself ill." No; she was drinking in a very elixir of life through that open window.

Her fancy was running riot along those days ahead of her. Spring days, and summer days, and all sorts of days that would be her own. She breathed a quick prayer that life might be long. It was only yesterday she had thought with a shudder that life might be long.

She arose at length and opened the door to her sister's importunities. There was a feverish triumph in her eyes, and she carried herself unwittingly like a goddess of Victory. She clasped her sister's waist, and together they descended the stairs. Richards stood waiting for them at the bottom.

Some one was opening the front door with a latchkey. It was Brently Mallard who entered, a little travel-stained, composedly carrying his grip-sack and umbrella. He had been far from the scene of the accident, and did not even know there had been one. He stood amazed at Josephine's piercing cry; at Richards' quick motion to screen him from the view of his wife.

When the doctors came they said she had died
of heart disease--of the joy that kills.

Nota de Traducción:

La obra "Story of an hour" de Kate Chopin es un relato breve que vio la luz por primera vez en 1894. Conocida por su aguda capacidad para explorar los temas sociales y psicológicos, Chopin desafía las normas culturales y revela la búsqueda de la libertad personal en la sociedad norteamericana del siglo XIX, explorando la complejidad humana y la lucha por la identidad y la autodeterminación.

A través de esta narrativa, Kate Chopin explora la profundidad y contradicciones de la naturaleza humana, mostrando cómo las emociones pueden ser tumultuosas y cómo la búsqueda de la verdadera identidad puede convertirse en un camino tortuoso y liberador al mismo tiempo.

Chopin resalta la importancia de la libertad individual, por lo que la traducción de esta obra requería una delicada sensibilidad para capturar la riqueza de la narrativa original. Se trabajó para mantener la autenticidad del estilo literario de la autora y resaltar los matices emocionales y psicológicos presentes en la trama. Además, se buscó conservar las metáforas y las imágenes que la autora utilizó para transmitir los sentimientos internos de la protagonista